

Señoras
Señoritas
Señores:

Por segunda vez, la Unificación Ofi-
cios Varios de esta Ciudad, demanda mi
escaso y deficiente aporte intelectual, a fin
de ocuparme del vasto como integral
problema femenino, que es a mi juicio
lo que han querido los organizadores de
esta brillante actuación.

Ateniéndome al oficio que tengo en mi
poder por el cual se pedía mi modesto
concurso, debía ocuparme esta noche "de los
deberes de la mujer."

Pero no, camaradas. En los tiempos
que vivimos no se trata ya de conocer y
hacer conocer deberes. Hasta hoy se ha
hablado siempre de deberes y estos se han
impuesto a los hombres como a las
mujeres por el miedo a lo inexplicable,
primero después por la astucia y la
fuerza; y andando los tiempos por la cos-
tumbre y una adecuada y sofisticada
educación civil y religiosa.

Hasta hoy se ha hablado muy
particularmente a la mujer de deberes.

No parece sino que para ella no se han hecho los Derechos.

La Patria, invocando su amor a ella, arrebatada en lo mejor de su juventud, al hijo que tantos cuidados, desvelos y esperanzas causó a la madre, y esta tiene el deber de renunciar al amor a su hijo, carne de su carne y sangre de su sangre, a fin de que se adiestre en el manejo de las armas y esté listo para la guerra: deber penoso y desgarrador el de la mujer que tiene que renunciar a sus sagrados y naturales instintos de madre y dejar que el hijo marche al campo de la muerte, a asesinar y ser asesinado.

La moral impuesta por la sociedad o por todas las religiones, imponen muchos deberes a la mujer. En nombre de esa moral la mujer debe ciega obediencia al hombre cuando este es padre; debe humillación y servilismo cuando el hombre es esposo.

Según los principios morales y políticos de la sociedad, la mujer es cosa u objeto de pertenencia masculina. Y para ello se invoca tantas sandeces y no faltan hasta quienes, blasonan

(3)

do de ser sabios, alegan que la mujer es digna de tal servidumbre por su inferioridad mental y su constitución física, leyes naturales imposibles de violarlas.

Así se comprende que la mujer misma se crea una criatura dócil, mansa a los caprichos del hombre; así se comprende que en su descenso moral la mujer crea que sólo ha nacido para crear hijos y realizar los quehaceres domésticos del hogar; así se comprende que, dada la ignorancia en que siempre se le ha mantenido, la mujer sea la débil sirva del hogar, la víctima fanatizada por el clero y la inconsciente y constante aliada de todos los que pregonan tantas mentiras convencionales, tantos absurdos religiosos, tantos conceptos herrados que la razón y la ciencia rechazan rotundamente. Así se comprende también, que hombres de ideas avanzadas se preocupen de hablar de los deberes de la mujer, cuando debieran de hablar de derechos iguales para ambos sexos, ya que muchas he leído en el decálogo del proletariado revolucionario este Apotegma: "no más deberes sin derechos."

ni más derechos sin deberes."

Si camaradas: Ya que hombres y mujeres de la clase del trabajo, tenemos deberes, deberes nada más que cumplir, impongámonos un deber más: el deber de hablar siempre de nuestros derechos a conquistar, de nuestros derechos a la educación, al saber, a la ciencia, hoy acaparadas por unos cuantos favorecidos por la fortuna; de nuestro derecho al bienestar, a la igualdad económica, sin la cual no es posible la libertad ni la justicia; de nuestro derecho al mutuo respeto y la independencia de cada cual, sin la cual no es posible el verdadero amor y el verdadero lazo de solidaridad asentados sobre la base de la armonía en la familia, la armonía en el hogar, la armonía en la especie nuestra.

Frente a una mujer por más desgraciada que fuere, por más que haya rodado al fondo de la corrupción moral, ningún hombre tiene derecho a vilipendiarla, pues se vilipendia a sí mismo. Pues cabe preguntar al hombre,

a todos los hombres: ¿qué han hecho ustedes por levantar a la mujer de su triste situación? ¿Qué han hecho ustedes por llevar a su cerebro la luz de los conocimientos científicos, a fin de despertarlas y hacerlas caminar en armonía con el progreso hacia el ideal de liberación integral?

No culpis a la mujer de su ignorancia, de su fanatismo, de su apego a la tradición y a las vanidades pueriles. Porque la mujer es obra de vosotros mismos. Si, sobre el hombre sobre todos los hombres pesa el gran crimen de mantener a la mujer retrasada completamente.

Es hora pues de no hablar más de los deberes de la mujer, mas sí de los derechos que le asisten para colocarse a la altura del hombre y entonces unidos ambos, marchar a la conquista de la sociedad ~~rosañada~~ por Manuel Gonzales Prada, donde no hayan más frailes, rico, ni capitán, donde todos sean hermanos.

(6)

y practiquen una sola moral: "no
mas deberes sin derechos ni derechos
sin deberes".

He dicho.

Rosa La Rosa de Lirano

Lima 28 de Junio de 1924